862
P.
CAPILLA ALFONSINA
PQ6555
A56
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

EST. TIP. DE LA VIUDA É HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÓLOGO

Perdónenme que también ahora, al imprimir el drama estrenado últimamente, eche por delante un poco de sermón, no porque el caso de ogaño tenga semejanza con aquel otro en que me permití subir al púlpito, sino por imperiosa necesidad de expresar algunas ideas referentes al Teatro y á las causas de su precaria existencia, á la psicología del público en estos días de grande confusión, ansiedad y azoramiento, á la forma viciosa en que se efectúan los estrenos, y al arcaísmo de la Prensa, que aún no acaba de dar á la literatura dramática el vital ambiente que á otros asuntos prodiga, increíble abandono tratándose de un arte tan hermoso, tan castizo, alma, rostro y acento de esta raza, cuyos caracteres culminantes son la viveza pasional y la expresión declamatoria.

De esto y de algo más, comediantes y directores de escena, críticos que claman generosos ó rezongan descontentadizos, quiero decir cuanto se me ocurra, y advierto ante todo que escribo estas páginas con absoluta serenidad, y que guardo para mí propio las amarguras y desengaños, disimulando hasta donde pueda la fatiga de quien anda en el trajín de labrar un surco en

tierra ingrata, poniendo en ello más voluntad que inteligencia, decidido á que la ineficacia de un esfuerzo se remedie con otro esfuerzo mayor. El cansancio, como el mal sabor de boca, fácilmente halla medicina en la conciencia, y si nunca seré gladiador de consumado poder para la lucha, válgame el propósito de imitar al aragonés que hincaba en el muro los clavos haciendo martillo de su dura cabeza. Con tan saludable ejercicio, y con el gusto de ver cómo van entrando los clavos, fácilmente se adquiere la tranquilidad de espíritu, y la fortaleza craniana que permite acometer mayores empresas. Y esta serenidad que disfruto me permitirá platicar sosegadamente con los que han escrito de ALMA Y VIDA en variados tonos, inclinándome ante los que han expresado sus opiniones con alabanzas desmedidas ó censurádome con miramientos dignos de toda mi gratitud, y podré emplear fórmulas de cordial polémica con los que han andado en esto á tropezones como el ciego que se lanza por caminos desconocidos. Para todos será esto como una conversación entre amigos, de la cual ellos y yo saquemos alguna provechosa enseñanza.

Si me dejan que en esta conversación sea yo quien rompa el silencio, les diré que se habitúen á la variedad de las formas del arte, que no sean desabridos y regañones con el que se proponga *cambiar la tocata*, aunque en ello no resulte totalmente afortunado; que no vayan al teatro con la esperanza y el deseo de ver la repetición de lo que antes vieron, y el paso continuo por los caminos ya deshechos de puro rodados. En cuanto

á la forma de simbolismo tendencioso, que á muchos se les antoja extravagante, diré que nace como espontánea y peregrina flor en los días de mayor desaliento y confusión de los pueblos, y es producto de la tristeza, del desmayo de los espíritus ante el tremendo enigma de un porvenir cerrado por tenebrosos horizontes. Y el simbolismo no sería bello si fuese claro, con solución descifrable mecánicamente como la de las charadas. Déjenle, pues, su vaguedad de ensueño, y no le busquen la derivación lógica ni la moraleja del cuento de niños. Si tal tuviera y se nos presentaran sus figuras y accidentes ajustados á clave, perdería todo su encanto, privando á los que lo escuchan ó contemplan del íntimo goce de la interpretación personal. Movióme una ambición desmedida, no exenta de desconfianza, á poner mano en empresa de tan notoria dificultad: vaciar en los moldes dramáticos una abstracción, más bien vago sentimiento que idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española de algún tiempo acá, posada sobre ella como una opaca pesadumbre. Pensando en esto, y antes que se me revelara el artificio que había de servirme de armadura, veía yo como capital signo para expresar tal sentimiento el solemne acabar de la España heráldica llevándose su gloriosa leyenda y el histórico brillo de sus luces declinantes. Veía también el pueblo, vivo aún y con resistencia bastante para perpetuarse, por conservar fuerza y virtudes macizas; pero le veía desconcertado y vacilante, sin conocimiento de los fines de su existencia ulterior. Sobre esta visión, fundamento de cuya solidez no respondo,

tracé y construí la ideal arquitectura de ALMA Y VIDA, siguiendo, por espiritual atracción, el plan y módulos de la composición beethoviana, y no se tome esto á desvarío, que el más grande de los músicos es quien mejor nos revela la esencia y aun el desarrollo del sentimiento dramático.

Salió el drama como Dios quiso, que en esto ni la voluntad ni la imaginación llegan á donde se proponen. En estas caminatas no es raro quedarse á mitad de la cuesta, y por mi parte, si en cuanto escribo concluyo siempre desalentado y pesaroso de no haber realizado plenamente lo que intenté, en la presente jornada mayor ha sido mi desconsuelo, que sólo puedo atenuar viendo cuán escabrosa era la senda. Debo añadir que nunca pensé ganar en este drama el aplauso popular, y que más bien he tratado de esquivarlo, indispensable previsión después de *Electra*. Buscaba, sí, el sufragio de las clases superiores, de ese público selecto que aquí tenemos, compuesto de personas extrañas á la profesión literaria, pero de notoria cultura, sin prejuicios, con el cerebro impío de las estratificaciones de escuela que á tantos incapacita para el libre goce de las dulzuras del arte. Parte de ese público me ha dado su voto favorable, y lo habría dado público mayor si no lo estorbara el clamoreo de los periódicos y sus opiniones rapidísimas, inciertas, contradictorias, pronunciadas como sentencia ejecutiva, inapelable, al día siguiente del estreno. Este clamoreo, compuesto de alabanzas al autor, que se

agradecen en el alma, de explicaciones múltiples y enrevesadas del símbolo, de juicios en parte lisonjeros, acerbos é injustos en parte, todo ello dicho confusa y velozmente, por cumplir el deber del día, sin enterarse, sin dar tiempo á la reflexión; esta cháchara discorde y estruendosa, á la cual sigue un silencio grave, como el de la selva cuando remonta el vuelo la república de pájaros que en ella habita, aturde al público, el verdadero y único juez, y le previene á la desconfianza. Son pocas las personas que, ante el juicio literario, manifiesto en letras de molde, no ceden parte ó la totalidad del suyo propio que directamente formaron. Si en las obras de lectura las opiniones escritas influyen tan sólo en el curso del tiempo, cuando viene á determinarse como resultante de infinitos criterios la madura sentencia, en obras de teatro las apreciaciones lanzadas en un día, bajo la tiránica ley de actualidad efímera, como sugestión de una masa que habla sobre otra que escucha, suele producir errores, ya por aumento, ya por rebaja del mérito de lo que se juzga, y estos errores son de tan lejana rectificación que en los más de los casos no pueden verla los nacidos.

Ninguna recriminación desabrida oirán de mí los que ejercen en la Prensa el llamado *sacerdocio de la crítica* (con lamentable propiedad, como demostraré luego), misión ingrata que desempeña cada cual según su leal entender, cumpliendo el más arduo de los deberes. En pocas horas han de apurar todo el conocimiento literario, y dar no ya juicio, sino sentencia, sobre composiciones que son fruto de largas vigilias y de intensas fa-

tigas del entendimiento. Nada tengo, pues, que decir contra los críticos, entre los cuales hay algunos que me han dado lugar preferente en sus afectos, y muchos que me favorecen con su amistad. He de protestar, sí, contra la menguada organización del servicio literario, llamémosle así, en los grandes y pequeños periódicos, servicio que se reduce á una descripción informativa con pinceladas literarias, la cual, por la premura del trabajo, tiene que resentirse del uso vicioso de recetas, sacadas de lecturas superficiales ó de las experiencias del oficio. Se les manda que opinen y que *den cuenta*. Los incidentes y sorpresas del estreno, que rara vez pierde el carácter de batalla, resultan de más importancia que el criterio artístico, y tanto éste como el informe noticiero concluyen por ser formulados con calificaciones rotundas. No hay artículo de teatros que no contenga la notita de examen: *éxito franco, éxito discutido, succés d'estime, semi-fracaso, fracaso, al foso*. Y ante esta calificación han de inclinarse autor y público con el respeto que imponen los golpes de la fatalidad, ó el abrumador peso de las leyes de la Naturaleza.

Grandes progresos ha realizado la Prensa de algún tiempo acá, educando al pueblo en el arte político, apagando las pasiones, y sobreponiendo el interés patrio al egoísmo y á las audacias de los profesionales; en el ramo científico son notorios sus adelantos, y en el departamento de noticias, como en el uso del telégrafo, se la ve con tendencias á la información sobria y veraz. En lo que no enseña, ni dirige, ni educa, es en las

cosas literarias, por la organización petrificada de este servicio (no hay manera de darle otro nombre) y por la rigidez hierática del crítico único, dictatorial, que al propio tiempo informa y opina, testifica y sentencia sin apelación posible, pues una vez pronunciado el fallo, se le rodea de silencio para que sea más solemne, y continúe repercutiendo en las vacías concavidades de la opinión. Ávida de poseer la verdad para ilustrar todas las materias, la Prensa solicita colaboración para los varios asuntos que salen á cuento, ya sean financieros, políticos, de higiene ó de ornato público. Para lo único que no la pide jamás es para los asuntos literarios. Y lo peor no es que no la pida, sino que no la admite cuando por acaso alguien solicita dársela, pues si ningún escritor político, ni financiero, ni sociológico se enoja porque otras plumas traten del mismo asunto con criterio distinto, el crítico no tolera que un extraño penetre en sus sacrosantos dominios. Y no proviene esta intransigencia de que el crítico sea mala persona, ni egoísta, ni soberbio, pues comunmente es todo lo contrario, si no de que sus patronos han creado para él como un cantón de linderos infranqueables, donde se le tiene y custodia con autoridad y atribuciones justicieras que no disfrutan los *sacerdotes* (así hay que decirlo) de ningún otro arte ni ciencia.

Allí donde debiera existir mayor libertad, impera la más absurda tiranía y el más cerrado procedimiento de juicio, de lo que resulta que la crítica hoy más que nunca se reviste de formas teocráticas, á las que da mayor negrura el dogmatismo que emplea, con el sin fin de definicio-

nes canónicas, ya para el género chico, ya para el grande, ya para el drama, la comedia ó el melodrama. Por esto las decisiones de la *Sagrada Congregación de Ritos*, de la *Penitenciaria* ó de la *Dataria* no son comparables á las sentencias de nuestros censores en inmutabilidad, eficacia y tiesura. Véase por qué los ingenios que ejercen este ministerio en los grandes diarios toman ante el público, sin darse cuenta de ello, un cierto aire episcopal, y seguros de que su palabra es como el rocío de la pastoral santísima que ha de caer siempre en tierra bien preparada, cumplen su misión con confianza solemne, y de ningún cristiano temen refutación ó discordancias, pues dirigiéndose *á nuestros amados diocesanos* no haya miedo de que éstos remuzguen... No hay bromas con la Iglesia.

Entre los que han escrito acerca de ALMA Y VIDA, debo gratitud plena al Sr. Olavarría (á quien no tengo el honor de conocer personalmente), de *El Ejército Español*, que en breve artículo supo establecer la mayor conformidad posible entre la crítica y la obra criticada; gratitud entera debo también á López Ballesteros y á Alejandro Miquis, que han expresado sus juicios con elevación de ideas y ciencia literaria, sin olvidar la benevolencia que jamás niegan los que conocen cuán difícil es hinchar estos perros; otro tanto digo del buen Bueno en *El Globo*, por haber sabido elegir el mejor punto de vista, y de Sanchiz, por todo lo sincero y noble que escribió en *El Día*.

Con tres cuartos de gratitud pago á *Caramanchel*, que ha extremado el elogio en las partes de la obra que fueron de su gusto, y ha disimulado el enojo en lo que le desagradaba; y con media gratitud, más bien menos que más, correspondo á los amigos Laserna, Villegas y Arimón, que primero acarician con refinado comedimiento, y después pegan, no siempre con justicia. Y á otros no cito porque en estas manifestaciones les comprendo á todos, advirtiendo que si al presente no hemos estado en perfecta armonía, en pasadas ocasiones lo estuvimos, y seguramente lo estaremos andando los meses, ó los años, con lo que dejo sentado que esto no es discordia, sino un coloquio en que cambiamos ideas y apreciaciones para bien del arte teatral.

Y ahora he de sostener que si los autores nos equivocamos, y si á grandes errores nos induce la formidable angustia de estas batallas con el ideal sobre las tablas de la escena, no es justo disimular las que creemos equivocaciones de los críticos, ni reconocer su infalibilidad, por más que venga revestida de formas teocráticas. Ellos nos censuran, nos amonestan, nos administran con más ó menos suavidad la ciencia que han adquirido en la práctica de su oficio criticante. Permítannos que del saber allegado por nosotros en nuestra ascensión al Calvario, con las obras á cuestas, les administremos alguna partícula, ó al menos que se la pongamos en la boca rogándoles que la tomen.

Es indudable que de algunos años acá nuestro bendito público ha progresado en gusto, en tolerancia, en paciencia, aprendiendo á internarse

por caminos, si no nuevos, nuevamente limpios de antiguas y ya pisoteadas malezas. Débese este adelanto á los autores y á los críticos. ¿Por qué no persisten éstos en la obra de educar al público, y por qué se vuelven atrás ó se estacionan en el punto más propicio para persuadirle de que debe avanzar? No puedo conformarme con esas monomaniacas exhortaciones á la brevedad en pasajes que no se alargan más que el tiempo preciso para que se diga lo que no debe omitirse, para que se trace el necesario contorno de los caracteres, y se amarren y aseguren los hilos lógicos de la fábula. Ya que tenemos al espectador iniciado en la costumbre de oir, de agarrarse con toda su atención á la palabra que fácilmente y sin cansancio le va introduciendo en los dédalos del asunto y en el alma de los personajes, ¿por qué le espantáis hablándole de larguras que no lo son sino admitiendo que toda obra se ha de escribir para los cerebros estragados que buscan la instantánea? Estos acabarían por pedirnos situaciones de relámpago si con esta enfermiza querencia de la brevedad transigiéramos. Tanto les habéis repetido que el teatro es síntesis, que se han apoderado gozosos de tan manuable formulilla para hacer de ella el acicate con que estimulan la vertiginosa carrera de la acción teatral. Síntesis es, ciertamente, el teatro; pero no seamos tan sintéticos que se nos vean los sesos. Demos espacio á la verdad, á la psicología, á la construcción de los caracteres singularmente, á los necesarios pormenores que describen la vida, siempre dentro de límites prudentes que en el caso de autos no han sido traspasados, y retiren

los críticos su *leit motif* de que esto es largo, de que estotro *pesa*, cuando en realidad ni pesa, ni se prolonga más de lo conveniente.

Lo más singular de estas excitaciones á una rapidez que en cierto género de obras teatrales no puede ni debe ser concedida, es que el público sano y noblote que va á los teatros sin curarse de reglas menudas ni de convencionales criterios, no suele cansarse allí donde se le indica que hay algo más de lo preciso: de ello tengo mil pruebas aducidas de las observaciones que suelo hacer cuando soy espectador antes que interfecto. Y si no se cansa, ¿para qué se le señala la ocasión de cansancio, como si se diera una orden, ó quisieran imitar en la crítica las acotaciones con que en dramas y comedias marcamos los accidentes del diálogo y de la acción? Es que si el arte está lleno de amaneramientos, la crítica no se ve libre de este mal, y la práctica misma del examen de obras, convertida en oficio, induce á la repetición de los modos viciosos y de las ideas mecánicas y de estampilla. Ya se irán curando de este defecto, ya comprenderán que la lógica no interrumpida en su fácil proceso, la humanidad de los caracteres, la concordancia de éstos con la palabra, son parte á que no se fatigue la atención del oyente, y á que nadie apetezca una brevedad desconcertada, siempre más fatigosa que la razonable extensión nutrida y jugosa. En conciencia, y poniendo la verdad sobre todo, me atrevo á declarar que en ALMA Y VIDA no hay pasaje alguno que *pese* verdaderamente, en buen criterio artístico á la moderna. Podrán decirme que *pesa* y está demás el conjunto, la to-

talidad: esto ya es distinto; habría que verlo. Pero si conceden que la obra merece ser escuchada, dejen que la escuchen los que con este fin y con la intención más leal van al teatro, y no les den la consigna de cansarse cuando ven y oyen gustosos, libre el entendimiento de retóricas vanas. Equivócanse de medio á medio los profesionales creyendo que la crítica lega de la muchedumbre independiente concuerda con la técnica circunstancial que ellos traen en papeletas. Todo el mundo ha podido observar que rara vez se inician en el espectador *de derecho* los síntomas de cansancio ó de disgusto: se cansa ó aparenta cansarse, hociquea y frunce el ceño antes de tiempo la caterva de invitados que las empresas introducen con largueza y magnanimidad en los estrenos. Como he pertenecido más de una vez á esa falanje de espectadores *de hecho*, sé lo que es, y participando por espíritu de cuerpo de su recelosa psicología, he visto que regatea su aprobación franca, hasta que la obra se impone con fuerza incontrastable. Por lo común, el público permanece apartado y dueño de sí, elaborando su propio ambiente frente á la viciada atmósfera que en otras partes del teatro se forma, y si el contacto por algún medio pudiera evitarse, el sentido general quedaría victorioso. No abdica el público verdaderamente su criterio hasta que se le impone otro en el periódico del día inmediato; y no es la sermonaria admonición del crítico la que gana la batalla, sino la autoridad del diario, formidable continente que da fuerza de ley á todo su contenido.

Espero que nadie lleve á mal esta sincera discrepancia con algunos rutinarios modos de opinar, nacidos del amaneramiento que invade todas las artes: y pues de amaneramientos se habla, allá va otro, con la esperanza, con la seguridad más bien de verlo pronto corregido; que esta satisfacción deben á la verdad hombres tan inteligentes. Reconozcan y confiesen que no sólo está mandada recoger, sino que se ha recogido ya, prohibiendo su circulación por todo el reino literario y artístico, la formulilla de que hay melodrama desde que aparece un personaje embozado y se baja la luz de la batería, ó cuando suenan truenos, ó riñen con airado escándalo hombres ó grupos. Y si no quieren rectificar este vicioso juicio, dennos una clara definición del melodrama. Por tales se tuvieron en un tiempo dramas tan hermosos como *La Torre de Neste* y *Catalina Howard*, aunque nunca se representaron con música; pero el público entiende por melodrama la composición popular, ingenua y casi infantil, donde se presentan lastimeros martirios terminados con el castigo de los malos y el galardón de los buenos, pasando por emociones de psicología primaria y elemental. A nadie se le ha ocurrido llamar melodrama al *Rey Lear* porque en algunos pasajes estalle la tempestad con truenos y rayos, ni á *Macbeth* porque salgan brujas y espectros, ni á *Lucrecia Borgia* por sus venenos y sus agonizantes con capuchón, ni á *Fuente Ovejuna* por su popular griterío, ni á innumerables obras de Calderón y Lope por las emboscadas y sorpresas para capturar hombres malvados.

El buen público, que ordinariamente está cor-

tado á la burguesa y gusta de formas elegantes en el teatro, así como abomina de la vulgaridad, en cuanto le hablan de melodrama mira con desdén profundísimo la escena sin luz y la exhibición de pistolas y puñales. Creía poder gozar de una obra bella, acorde con las ideas dominantes, y de pronto la ve convertida en *Los perros del Monte de San Bernardo* ó en *El terremoto de la Martinica*... He llegado á creer que estos latiguillos de la crítica no son hijos de la convicción, sino de cierto espíritu maleante, favorecido por el monopolio, el cual comunmente hace inconsiderados y burlones á los que lo ejercen. Dueños absolutos de su cantón, en el cual cortan y rajan en la plenitud de su albedrío, sin competencia ni contraste, oficiando con jurisdicción indiscutible, sueltan las riendas al ingenio, y cosas escriben en las cuales no se ve más objeto que pasar el rato. Admitimos que sea difícil el inmediato remedio del desgobierno que los directores de los grandes diarios mantienen en este cantón; pero es incomprensible que en periódicos que tienen en sus filas y á su frente á un ilustre literato, académico de añadidura, no se imponga siquiera la corrección de esta socarronería de lo melodramático.

Si en tantas cosas dormitan, verdaderos linces son nuestros críticos en la práctica de estrenos. Tanto han visto y observado en el continuado ejercicio de su asistencia sacerdotal, que han adquirido gran perspicacia para medir y pulsar todos los accidentes de la batalla entre el público y las obras nuevas. Pero esta maestría no basta para el buen desempeño de una misión

que en todo caso ha de ser literaria. En el estreno de una obra, autor y público no pueden encontrarse en igualdad de medios de combate, ni son las mismas sus armas y sus defensas. El autor es entidad superior al público, y así debe continuar hasta que se demuestre lo contrario. El crítico, como literato y artista que también cultiva lo ideal, debe estar al lado del autor, atento á su defensa, á reforzarle cuando flaquea, á sostenerle y no dejarle desmayar cuando lleva ventaja, no abandonándole hasta los momentos en que se ve que los medios de persuasión expresados en la escena son de notoria ineficacia. Pues bien: nuestros censores no responden siempre al deber profesional y fraternal de formar al lado de la obra, combatiendo con ella hasta donde se pueda. Salvo los casos en que por tratarse de un autor de la propia familia, ó que reúne los dos caracteres de poeta dramático y periodista, se ponen resueltamente á su lado y le protegen y le ayudan, los críticos padecen un lamentable olvido de los vínculos que por ley moral y literaria les unen al autor, y casos hay, bien lo ha visto todo el mundo, en que apoyan al público en su rutinario desvío de las ideas que vienen del escenario, debilitan las ventajas que el autor alcanza en tal ó cuál escena, refuerzan las desventajas, y obscureciendo las entendederas del auditorio en vez de aclararlas, ponen de bulto los errores del poeta con expresión hiperbólica, mientras con tímida y desdeñosa expresión marcan sus aciertos, si éstos son tan visibles que no pueden negarlos. Esto pasa, no digamos que todos los días, pero sí muchas veces, y no es bueno para el arte dra-

mático. Explican su conducta los críticos con la evasiva de que mucho debe exigirse para que los autores afinen su entendimiento y aspiren á lo más acertado y perfecto; pero no vienen las perfecciones por ese camino. Si en las demás artes el ideal nace, crece y vive en medio de la injusticia, y una atmósfera de desdenes y olvido no puede asfixiarle, en el teatro, arte de persuación inmediata y directa, la crítica no podrá obtener buenos frutos si no es pródiga de verdad en la distribución de alabanzas y censuras. Mejor explicación de esta parcialidad nos da la desordenada simpatía que los jueces de estrenos suelen sentir por un teatro, empresa, ó grupo de comediantes, teniendo en poco á los demás. No debe verse en esto más que la facilidad nativa de nuestra raza para la formación de bandos ó camarillas, producto del temperamento confianzudo y de la movilidad de nuestros afectos. Ninguna corrupción hay en ello, y la honradez más pura preside á estas manifestaciones chicas del pandillaje nacional. Resulta, pues, que los principales periódicos se encuentran, sin saberlo, ministeriales de un teatro, y en sistemática enemistad con el otro, ó con el de más allá.

Aunque bien quisiera no hablar más de ALMA Y VIDA, no puedo eximirme de decir á mis censores que ni en lentitudes que no existen, ni en lo melodramático, que tengo por broma, debieron buscar las razones de su displicencia; y respecto á la tan manoseada obscuridad del símbolo, tengo que distinguir, dándoles y quitándoles la razón según como miremos el asunto. No es condición del arte la claridad, sobre todo esta claridad de clave de acertijo que algunos quieren. La transparencia no es siempre un elemento de belleza, y á veces ésta se pierde por causa de la completa diafanidad del vaso en que se la quiere encerrar. En el teatro es más difícil contener la belleza en recipiente que no nos permita ver su interior; pero también puede lograrse el ideal dejando ver formas vagas, bastante sugestivas para producir una emoción que no se fraccione, sino que se totalice en la masa de espectadores y unifique el sentimiento de todos. Llegar á esto es difícil; sin llegar se puede producir la obra de arte digna de estimación. Si sólo al éxito se mira, es acertado pedir claridad; pero el autor está en su derecho negándola, ó haciendo ver la incubación lírica de su obra, estado de espíritu que se sobrepone á su voluntad, y le induce á presentar las ideas é imágenes envueltas en el mismo celaje con que se ofrecieron á su mente.

No hay manera de cambiar la fisonomía inicial de las ideas, aquel vago rostro de facciones claras ó nebulosas, no menos bellas cuando son indefinidas: defectuosa es la elaboración artística si las desfigura ó les acentúa el contorno. Todo crítico debe saber esto, y colocarse en el punto de vista de donde pueda apreciar no sólo la obra de arte, sino el camino que ha traído y su abolengo mental. No miren una composición ensoñadora, de sangre poemática, con los mismos ojos con que miran una reproducción de la vida más próxima á la nuestra; ni metan en estas carnes el